

UN ASESINO SE ESCONDE EN TU SOMBRA

Por: Ana Lena Rivera

CAPITULO I

«He comprado helados para el niño, le he hecho una mamada a mi marido y he metido cerveza en la nevera. Ya puedo irme tranquilo a mi clase de yoga» exclamaba el protagonista masculino de la serie que tenía puesta de fondo mientras le daba al botón de la Nespresso para el primer café de la mañana. Pensaba en lo mucho que me gustaría haber comprado helados para mi hijo y haberle hecho una mamada a mi marido cuando sonó el móvil.

—¿Bárbara? —me dirigía a mi teléfono, que indicaba una llamada entrante de mi hermana, intentando conectar el manos libres. Solo oía los ladridos de Gecko, el labrador de mi hermana, ensordeciéndome.

—Gracia, necesito que me ayudes. La hermana de Teo ha desaparecido —se expandió por fin su voz en mi despacho.

Entendí que se refería a Teo Alborán, su amigo y compañero de hospital.

—¿Teo tiene una hermana?

—¿A ti que te parece si te acabo de decir que ha desaparecido?

—Aparta a Gecko, te oigo fatal —respondí medio adormilada.

—Que la hermana de Teo ha desaparecido —gritó Bárbara, haciendo caso omiso a mi petición sobre su perro. Debía ser algo grave. Mi hermana era más modelo escultura de hielo en el Polo que persona de perder los nervios.

—¿Cuánto hace que no la veis? —pregunté aunque lo que realmente me pedía el cuerpo era preguntarle: ¿y por qué me llamas a mí y no a la policía? Al menos, por fin Gecko se había callado.

—Llevan sin localizarla una semana, ni al móvil ni al Whatsapp.

—¿Y se preocupan ahora?

—La relación entre Teo y ella es un poco tensa. Tienen una tía, hermana de la madre,

que es con la que más trato tenía. Había quedado en ir a verla el fin de semana pasado y no se presentó. La tía no se preocupó en ese momento, pero cuando la llamó al móvil varios días seguidos y no le respondía avisó a Teo. Dice que las últimas veces que la vio la notó deprimida.

—¿Han ido a su casa?

—Ayer. Encontraron platos sucios en el lavavajillas y la casa desordenada, pero nada alarmante. No saben cómo la tenía habitualmente.

—No sé qué decirte, Bárbara. ¿Cuántos años tiene?

—Alrededor de treinta, es más pequeña que él. Está casada y, aunque no lo dicen claro, parece que el marido es un «pintas» que se mete para el cuerpo cosas que no se venden en el supermercado y es bastante impertinente. Teo sospecha que es peor en casa. Parece que los dos juguetean con las drogas bastante más de lo razonable. Hace unos tres meses, Imelda, así se llama ella, le echó de casa. Y ahora no la encuentran.

—¿Seguía teniendo relación con el marido “pintas”?

—Según le decía a la tía, no. También le aseguró que ella ya no tomaba nada ilegal, pero la tía no está muy convencida. Dice que la última vez que la vio tenía ojeras y estaba hinchada. Lo atribuye a que se estuviera pasando con las juergas, ya me entiendes.

—¿Han llamado a la policía? —pregunté intentando entender el motivo de la llamada de Bárbara.

—Sí, pero no les han hecho mucho caso. Es una adulta y no hay ningún indicio de que le haya ocurrido nada malo. Dicen que se habrá ido de vacaciones o estará en casa de alguna amiga. El marido ha negado que esté desaparecida. Dice que él sí que la ha visto y que vuelve en unos días.

—¿No estaban separados?

—Eso dice la tía, pero el marido dice que ya no, que fue solo una pequeña crisis.

—¿Y en el trabajo? ¿Ella trabaja?

—Hace sustituciones en distintos hospitales. De momento, no tiene plaza asignada.

—¿Sustituciones? ¿Es médico también?

—Es psicóloga y está en la lista de interinidades de los hospitales. Va donde haga falta, a veces dos días si sustituye una baja corta, a veces tres semanas para cubrir unas vacaciones o, a veces, varios meses por una maternidad.

—Para ser psicóloga no parece tener una vida tan organizada como para ordenársela a los demás.

—Es especialista en pacientes oncológicos.

—¡Vaya historia! ¿Y para qué me llamas a mí con esta urgencia? —pregunté ya sin poder evitarlo.

—Para ver si puedes hacer algo. Teo está muy preocupado.

—¿No dices que casi no tienen relación?

—No deja de ser su hermana pequeña. El padre murió hace unos años y cuando murió la madre Imelda era tan pequeña que apenas la recuerda.

—Ya. ¿Y ese algo que quieres que haga qué es? Dame una pista porque no sé qué puedo hacer además de ofrecer mi apoyo moral que no creo que le sirva de mucho. Esto está un poco lejos de mi campo.

—Quiero que investigues. Eres investigadora.

Financiera. Yo era investigadora financiera. Aun así, me conmovió su fe en mí. Ella, que no creía en nada más que en la ciencia.

—¿Quieres que me ponga a buscar a una desaparecida que su marido dice que no está desaparecida y que lo más seguro es que esté de fiesta en alguna discoteca de playa?

—Por favor —me suplicó Bárbara, aunque me sonó más a orden que a súplica. La imaginé dando vueltas a su inseparable coleta rubia, impaciente, incómoda por tener que pedir favores a nadie, incluso aunque ese nadie fuera yo—. Teo es un buen amigo.

—Ya. Ya entiendo.

—No entiendas demasiado. Se ha portado muy bien en mi embarazo y con el nacimiento de Marcos. Nada más —insistió mi hermana sin que yo le hubiera pedido ninguna explicación.

Colgué el teléfono, después de que mi hermana me contara todo lo que sabía sobre Imelda, la hermana de Teo, y no sabía por dónde empezar. Había dicho sí en uno de esos ataques de falta de asertividad que me daban cada vez que Bárbara me pedía algo.

Yo investigaba fraudes para la Administración Pública, no mujeres desaparecidas con maridos ¿cómo lo había descrito mi hermana? «Impertinentes». No pude evitar pensar que, a diferencia del protagonista de la serie que me acompañaba durante mi desayuno solitario en el despacho donde había pasado las noches de los últimos meses, yo ni siquiera tenía cerveza en la nevera.

Mi cabeza volvió al tema que la llevaba ocupando las últimas veinticuatro horas.

El día anterior había ido al juzgado a testificar sobre un caso que había resuelto el año anterior. Había sido muy sencillo, pura burocracia: Santiago Pérez Rubio, funcionario, de baja recurrente por lumbalgias hacía casi diez años. Los dos últimos años las había enlazado hasta no aparecer por su despacho en ningún momento. Teniendo en cuenta que había sacado la oposición hacía poco más de once años, era un hombre tan digno de admirar como de encarcelar. Admirar porque Santiago competía alrededor del mundo como triatleta en las pruebas más exigentes, en la categoría Ironman, y lo hacía muy bien. Nueve horas treinta y dos minutos en el Ironman de Frankfurt era un tiempo envidiable para un triatleta *amateur*. Para alguien con lumbalgias permanentes, un milagro médico.

La única dificultad del caso era que Santiago nunca competía en España. Le había descubierto y denunciado un compañero que lo vio en una revista deportiva. La vanidad o un descuido le habían hecho participar en un reportaje donde exaltaban la calidad de los triatletas españoles en las grandes pruebas internacionales. A partir de ahí mi cometido había sido obtener las pruebas físicas de que era él el que competía y la documentación necesaria de la empresa organizadora para presentarlo ante el juez.

Así había sido. De eso había pasado más de un año debido al colapso de la

justicia. Había ido al juzgado como si se tratara de un peritaje en un juicio rutinario. Y nada salió como había supuesto que iba a salir.

—¿Me está diciendo que este hombre, que pasa la vida en su casa, con infiltraciones de lidocaína para soportar las lumbalgias recurrentes y los dolores que le produce la esclerosis múltiple que padece, compite en triatlones de larga distancia? ¿Nos están tomando el pelo? —Se dirigió al juez el abogado defensor señalando a un escuálido Santiago, sentado en una silla de ruedas en la sala, de piernas como palillos de comida oriental, hombros caídos y nulas posibilidades de correr ya no la maratón que requiere un Ironman después de los ciento ochenta kilómetros de bici y los cuatro nadando, si no de correr siquiera un kilómetro sin desfallecer.

El abogado del estado me miraba sin entender. Los médicos, que habían acudido en calidad de peritos citados por nosotros, estaban horrorizados por el trato que le dábamos a Santiago, al que después de muchos años de dolor habían conseguido diagnosticarle, hacía solo dos meses, una esclerosis múltiple. Tan reciente como que aún no habían comunicado el diagnóstico en su lugar de trabajo y yo acababa de enterarme. Las lumbalgias no eran un síntoma común de la enfermedad y por ello el diagnóstico se había dilatado mientras el paciente empeoraba. Muy oportuno para sacarlo en el juicio.

Aquel hombre no podía ser el mismo de las fotos de la revista Triatlón. Sus rasgos, con una cara equilibrada, delgado y de piel morena, resultaban comunes, pero ahí terminaba el parecido.

El Santiago atleta de las fotos tenía una planta saludable, estaba curtido por el sol y el frío en los entrenamientos al aire libre y las fibras de músculo habían ahuyentado a la grasa en su cuerpo; el Santiago de la silla de ruedas estaba demacrado, delgado y su masa muscular parecía haberle abandonado hacía años por la imposibilidad de moverse con normalidad ni de hacer ejercicio. La ropa parecía dos tallas más grandes de la que hubiera necesitado. ¿Qué estaba pasando? No tenía sentido.

—Mi cliente —oí decir al abogado de Santiago— no sabe quién ese hombre, el

triatleta con el que comparte nombre y, en sus circunstancias, no es su principal interés saberlo. Su única preocupación ahora mismo debe ser la batalla contra su recién diagnosticada enfermedad. Como usted sabe señor juez, la esclerosis múltiple...

—Pare, abogado —cortó el juez—, no hace falta que teatralice. No está usted en una película y aquí no hay ningún jurado al que convencer. Quien sea el hombre de la revista y de las fotos que presentan los abogados e investigadores estatales no deben ser asunto de su cliente ni es él quien debe alegar nada al respecto. Queda más que probado que el demandado tiene razones suficientes para continuar de baja médica y, aunque recomendaré en la sentencia que su caso sea revisado por el tribunal médico para otorgarle una invalidez total y permanente, eso es algo que no podemos ni debemos valorar aquí —concluyó el juez dando mi caso por cerrado. Y por perdido.

Salí de la sala desconcertada, frustrada y con una sensación de que me habían timado que pugnaba por salir de debajo de la culpabilidad que la escena había provocado en mis tripas. En apariencia, habíamos acusado a un hombre enfermo de estafador, habíamos sacado a un inválido de su casa para llevarle a un tribunal y cuestionar su derecho a recibir el dinero necesario para mantenerse.

—¿Qué ha sido eso, Gracia? —me increpó un malhumorado Rodrigo Villareal, abogado del estado encargado del caso, poco acostumbrado a perder juicios y nada dispuesto a ser benévolo con los fallos ajenos.

—No lo sé Rodrigo, no sé lo que ha pasado ahí, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

—¿Averiguar el qué? Ese hombre ha tenido que venir en silla de ruedas. Nuestro propio perito médico ha validado los informes que ha presentado la defensa sobre su esclerosis múltiple con sintomatología atípica. ¿Me quieres explicar que más quieres averiguar? Nos has hecho perder el tiempo y el dinero de los contribuyentes de forma vergonzosa.

—¿Sabes qué, Rodrigo? ¡Qué te den!

Me fui decidida a averiguar qué había pasado. Semejante fallo podía hundir

mi carrera cuando empezaba a tener prestigio resolviendo los casos más complicados. En los años anteriores de vida profesional me había encontrado formando parte de un sistema financiero que protagonizó el hundimiento de muchas familias en el mundo occidental y cuando intentaba ayudar a crear una sociedad mejor, donde todos contribuíamos al bien común según nuestras posibilidades, terminaba acosando a enfermos graves cuestionando su derecho a recibir las ayudas que como ciudadanos les correspondían. No podía haberme equivocado tanto. Mi investigación parecía correcta, pero era obvio que algo se me había escapado y no iba a parar hasta que lo descubriera. De todas formas, tendría tiempo libre. Después de semejante fiasco, deducía que no iban a lloverme los encargos.

No me apetecía meterme en caliente con el caso de Santiago. Necesitaba la cabeza fría para revisar el expediente de forma objetiva, como si fuera un auditor externo, y encontrar mis errores. A la vista del resultado en el juicio tenía que haber un fallo garrafal en algún sitio o muchos pequeños fallos. Decidí evadirme cumpliendo el absurdo compromiso adquirido con mi hermana, investigar la supuesta desaparición de Imelda, la hermana de Teo, amigo o algo más de mi hermana y pediatra de Marcos, mi único sobrino.

Empecé a hacer lo que sabía, como si fuera un caso de los que resolvía habitualmente, aunque no tenía claro que el método para descubrir fraudes sirviera para buscar gente desaparecida.

Lo único que sabía de Imelda Alborán era que vivía en la calle Fernando Alonso Díaz, psicóloga oncológica sin plaza fija, treinta y un años, casada desde hacía seis con Fidel Girón, de treinta y tres, artificiero del ejército, del cuerpo de la legión, aficionado a las sustancias ilegales e «impertinente», fuera lo que fuera que eso significara para Teo y mi hermana. Drogata y artificiero, menuda mezcla. Me escandalicé como si no hubiera médicos o conductores de autobús con la misma mala costumbre. De todas formas, esperaba que no le tocara desactivar ningún explosivo cerca de mí. Sin hijos. Sin relaciones familiares más allá de su tía Julia y sin contacto habitual con sus amigas del colegio y la universidad. Al menos que supieran

su hermano y su tía.

Poco podía hacer con esta información así que me dirigí hacia su casa. No conocía la zona. Con suerte, era uno de esos edificios nuevos con portero. Demasiado cerca para ir en coche sin saber si habría forma de aparcar por allí y demasiado lejos para ir andando con los zapatos que llevaba puestos y un cielo gris que amenazaba con esa lluvia fina que no se ve, pero que moja. Bajé a la calle con la esperanza de encontrar un taxi.

Acerté en que el edificio era nuevo, pero fallé en lo del portero: No tenía. Era el único edificio moderno de la zona. Me había esperado que el ayuntamiento le dedicara otro tipo de calle al piloto que había despertado la pasión por la fórmula 1 en España y la locura en su tierra por cada carrera. Me encontraba en un lugar anodino de la ciudad sin saber qué hacer.

Los bajos del edificio donde vivía Imelda estaban sin ocupar y no se veía ninguna cafetería o terraza donde esperar a mínima distancia a que saliera algún vecino de su portal. Había uno de esos bares de barrio de toda la vida con aspecto de llenarse al mediodía de trabajadores masculinos dedicados a oficios tradicionales, muchos de ellos de mono azul. Me daba pereza entrar, pero era el único sitio desde donde veía el portal. Pedí una coca cola zero y me coloqué en la barra entre la puerta abierta y el escaparate de cristal esperando a no sabía qué. Después de media hora en la que no entró ni salió nadie me invadió una inquietante sensación de estar perdiendo el tiempo en algo que no tenía ningún interés y que no parecía que fuera a dar ningún fruto así que me levanté del incómodo taburete de madera y salí del bar decidida a decirle a mi hermana lo que tenía que haberle dicho desde el inicio. Yo era experta en leyes financieras, no un detective privado creado por un guionista de televisión. En ese momento, una señora de unos sesenta años, el pelo teñido de rubio casero, anaranjado, con grandes raíces que conservaban parte del color negro original de su pelo, una chaqueta gorda de dibujos geométricos que había conocido un tiempo mejor y resultaba totalmente inoportuna en pleno mes de Julio, bermudas vaqueras de hechura mejorable y una gran bolsa negra decorada con

bolitas de colores formando uno gallo, de las que no veía desde que era niña, salió del portal.

Crucé con paso rápido y la abordé.

—Buenos días, ¿me podría ayudar? Estoy buscando a una persona que vive en este edificio.

Me miró con desconfianza, me examinó de arriba abajo hasta que decidió atenderme un momento.

—Yo no conozco a todo el mundo, pero dígame usted a quien busca a ver si la puedo ayudar.

—A una chica, Imelda Alborán, que vive en este portal, en el 5º A ¿la conoce?

—¡Claro que la conozco! Trabajo en su casa un día por semana. Vengo de allí.

—¿Está ella en casa?

—Ella no, solo está Fidel. Acaba de levantarse —me dijo para mi monumental sorpresa.

—¿Está Fidel en casa? —quise confirmar. Según la información que me había dado mi hermana, Imelda había echado de casa a Fidel hacía más de tres meses.

—Está en la ducha. No he podido hacer la habitación. Es que tengo que irme, ¿sabe? Entro a las doce a limpiar en la sucursal del BBVA que está aquí en el Antiguo —así se conocía entre los vecinos el casco histórico de la ciudad— y no puedo llegar tarde. Les he hecho a fondo la cocina y ya el próximo día hago la habitación y el baño. Tenían la casa que daba pena. Fidel es un poco desordenado. Tengo diez minutos. ¿Quiere que la acompañe arriba por si sigue Fidel en la ducha? Es un chico majísimo, muy guapo. Trabaja para el ejército, desactiva bombas, una cosa muy peligrosa. Hay que ser muy listo y tener mucho temple para hacer eso. Es un chico muy agradable...—se perdió la mujer en su embobamiento con Fidel.

—Desde luego que sí. Pocos valen para eso. Lo bueno es que no debe haber muchas bombas que desactivar —comenté irónica pensando lo poco que cuadraba la descripción que me hacía esta mujer de Fidel con la imagen que me había pintado mi hermana.

—Eso es cierto —aceptó con desconfianza, sin decidir si mi respuesta había sido una ironía o un comentario inocente.

Como no quería que recelara de mí, me apresuré a corregir mi observación.

—Gracias a que tenemos gente como él, que nos protege a los ciudadanos de a pie, este país es un sitio bastante seguro para vivir.

—Mucha suerte ha tenido su amiga con él. Imelda es una chica muy reservada, callada, es muy distinta a él.

—Él es muy simpático, ¿verdad? —arriesgué.

—Simpático, agradable, encantador, ¡qué te voy a contar! Podía tener a cualquier mujer que quisiera —habló de él como si fuera un actor famoso. Fidel tenía encandilada a...

—Por cierto, que no nos hemos presentado, soy Gracia, Gracia San Sebastián ¿y usted?

—Felisa. Felisa Fernández para servirla.

—Qué suerte haberla encontrado Felisa, ¿vive usted por aquí?

—Aquí cerca, en Otero. Cruzando la autovía por el puente, en las torres. ¿No eres de aquí, verdad?

—Llevo muchos años fuera —mentí sin mentir del todo—y me apetecía ver a Imelda.

—¿Hace mucho que no la ves?

—Muchísimo.

—Vas a encontrarla muy cambiada.

—¿Y eso? —le di cuerda para seguir.

—Porque estos últimos meses está triste, apagada. Han tenido problemas entre ellos y Fidel ha estado fuera unas semanas. Yo creo que es porque no tienen hijos. ¿Tienes niños? —Felisa acertó con el tema que más me desagradaba del mundo.

—No, no tengo. —Como cada vez que pronunciaba esas palabras, sentí que me retorcían el corazón con el recuerdo de mi pequeño Martín, muerto hacía ya tres

años.

—Pues date prisa que luego no vienen y sin hijos la vida no es vida —
continuó con los comentarios típicos de esa conversación.

—¿Me acompaña arriba entonces? —corté— Así me presenta a Fidel y él ya
me dirá cuando puedo localizar a Imelda.

El piso de Imelda y Fidel era tan insulso como la calle donde se encontraba.
Muebles modernos sin nada personal, decoración comprada para rellenar. Parecía
un piso de «Se alquila amueblado». Tal vez era así.

Fidel me recibió sin suspicacia apreciable, me invitó a pasar al salón y me
ofreció una cerveza a la vez que se abría un botellín de Heineken para él. Era un
sustituto sorprendente para el café del desayuno. Sobre todo en un artificiero.

—Ayer estuve de juerga porque hoy libro y esto es lo mejor para la resaca
—me explicó señalándome el botellín.

—Menudo trabajo el tuyo, una pasada lo que hacéis. Hay que tener unos
nervios de acero y absoluto control mental —alabé intentando caerle bien.

—No es para tanto, no te creas, no es como en las películas. Yo no he
desactivado una bomba cargada en mi vida —rió— y espero que siga siendo así
muchos años.

—En caso de tener que hacerlo sabrías cómo y nos salvarías a todos
—continué con los halagos, suponiendo que Fidel era de esas personas a que le
gusta dejarse querer y que si los comentarios son los que quieren oír no se plantean
si son o no veraces.

—Entonces, ¿eres amiga de Imelda?

—No la conozco.

—Ah, ¿no? Le he entendido a Felisa...

—No —corté—, vengo por Teo, el hermano de Imelda.

—Teo. Ya —resopló Fidel con visible desagrado.

—La verdad es que a Teo casi no le conozco, es muy amigo de mi hermana.
Compañeros de profesión, un par de empollones. Todo lo hacen bien. Te hacen

sentir un desastre —rectifiqué intentando congraciarme.

—Ahí has dado en el clavo. Mi cuñado parece que camina sobre las aguas. Un metro por encima del resto de los mortales. ¿Tu hermana también?

—Mi hermana es todavía peor. Teo es pediatra y trata con niños pequeños, mi hermana es cirujana cardiotorácica, se dedica a la investigación y cuando ve a sus pacientes suelen estar anestesiados y conectados a un corazón artificial —reí.

—Pues vaya pareja. Tú no pareces ser así.

—No. Ella es la lista de la familia. Yo me he llevado las imperfecciones.

—¿Y qué quiere mi cuñado entonces? —me preguntó con sonrisa cómplice.

—Quiere hablar con tu mujer, pero no la localiza.

—Y ¿cómo es que has venido tú y no él?

—Porque cree que Imelda está enfadada con él y que por eso no le coge el teléfono. Así que me ha pedido el favor.

—Y tú, ¿has aceptado?

—Es que es el pediatra de mi único sobrino. Tiene seis meses.

—Acabáramos. Eso ya lo entiendo —asintió con una sonora carcajada—. Pues todo sea por su sobrinito. Menudos huevos tiene el colega para encargártelo a ti y no venir él en persona.

—¿Cuándo podría verla? —pregunté con toda la candidez que fui capaz.

—¿La verdad? No tengo ni idea, hace más de tres meses que estamos separados. Creo que volverá en un par de días.

—¡Oh!, no tenía ni idea. Lo siento muchísimo —mentí intentando parecer azorada.

—No te preocupes, nos estamos reconciliando, no tardará en volver.

—¿Y eso? ¿No sabes nada de ella?

—Desde hace dos días. Me envió fue un *whatsapp* diciendo que dejaba el piso, que si me interesaba quedármelo yo y me vine sin dudarlo.

—¿Quedártelo? ¿En qué sentido?

—Yo estaba viviendo en casa de un colega del curro, esperando que a Imelda

se le pasara la rabieta. No quería pillarme nada para dejarlo en un par de meses. Imelda es muy pasional, ¿sabes? Esta casa es de alquiler y está fenomenal de precio así que cuando me lo planteó, le respondí que sí. Tenemos contrato por tres años y falta un año entero para que termine. Te confieso que creo que es una treta para pedirme que vuelva, pero sin decírmelo. Para mantener su orgullo, ya sabes, cosas de tías... Y, como ves, me he apresurado en aceptar.

—Entiendo. ¿Entonces se ha ido de aquí?

—Sí, pero volverá. Tiene aquí la mayor parte de sus cosas. Y está «coladita» por mí. Me está castigando antes de perdonarme del todo. Si te soy sincero, me lo merezco. Se está haciendo valer.

—¿Desde cuándo no la has visto?

—Hace dos días, me dio las llaves y se marchó. Llevaba una maleta pequeña. Lo siento por Teo, pero si necesita algo urgente de ella tendrá que buscar en otro sitio. Si me dejas tu teléfono te llamo en cuanto vuelva —me dijo con una sonrisa que me recordó a Joe en Friends. No me lo podía creer. Supuse que era de los que disparaba a todo lo que se movía.

Le di mi teléfono y me despedí de él con una inquietud creciente por una chica desconocida para mí y el regocijo de haberme encontrado con semejante estereotipo. ¿Llevaría un tatuaje en la espalda que hiciera juego con la greca de pinchos del brazo? Apostaba por una serpiente, o alguno de estos que se extienden pareciendo un bosque frondoso. Un animal salvaje me parecía excesivo hasta para él. Era un chico tan guapo como poco interesante.

Al salir del piso de Fidel e Imelda llamé a Rafa. Solía guiarme por mi intuición aunque no supiera explicar las razones que me llevaban a mis conclusiones. El instinto me había proporcionado muchos éxitos en el tormentoso mundo financiero. ¿Por qué una chica se va de su casa después de llamar al marido para reconciliarse y no le dice dónde va? Mi estómago tenía mejor olfato que mi nariz, me decía cuando algo no olía bien y en ese instante notaba un nudo justo debajo del esternón al pensar en Imelda.